

Bertolt Brecht

Piezas en un acto
(Teatro completo, 12)

Traducción de Miguel Sáenz



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Título original: *Einakter. (Gesammelte Werke, Bände, 1-3, Stücke)*

Edición de Elisabeth Hauptmann en colaboración con
Rosemarie Hill

La edición de esta obra se ha realizado con la ayuda del
Goethe-Institut, München

Primera edición: 2005

Segunda edición: 2019

Diseño de colección: Estudio de Manuel Estrada con la colaboración de Roberto
Turégano y Lynda Bozarth

Diseño de cubierta: Manuel Estrada

Fotografía de Lucía M. Diz

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© Bertolt-Brecht-Erben/Suhrkamp Verlag Frankfurt am Main. Todos los derechos reservados y controlados por Suhrkamp Verlag Berlin

© De la traducción: Miguel Sáenz

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2005, 2019

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15

28027 Madrid

www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-9181-708-6

Depósito legal: M. 24.783-2019

Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

- 9 La boda de los pequeños burgueses
- 49 El mendigo o El perro muerto
- 61 Exorcismo
- 79 Lux in Tenebris
- 105 La redada
- 131 Dansen
- 153 ¿Qué cuesta el hierro?
- 175 Apéndice a las piezas en un acto de 1939
- 181 Los siete pecados capitales de los pequeños burgueses

La boda de los pequeños burgueses*

* *Die Kleinbürgerhochzeit.* © Bertolt-Brecht-Erben/Suhrkamp Verlag
1989

PERSONAJES

El padre de la novia. La madre del novio. La novia. Su hermana. El novio. Su amigo. La señora. Su marido. El joven.

Una habitación blanqueada con una gran mesa rectangular en el centro. Sobre la mesa, un farol de papel rojo. Nueve sillones de madera anchos y sencillos. Contra la pared, a la derecha un sofá y a la izquierda un armario. Entre los dos, una puerta de cortinas. A la izquierda, al fondo, una mesita baja con dos sillones. A la izquierda, a un lado, una puerta. A la derecha, a un lado, una ventana. Las mesas, las sillas y el armario, sin barnizar y en su color natural. Es de noche. El farol rojo está encendido. Los invitados de la boda están sentados a la mesa, comiendo.

LA MADRE, *sirviendo*: Aquí está el bacalao.

Murmullo de aprobación.

EL PADRE. Eso me recuerda una anécdota.

LA NOVIA. ¡Come, papá! Siempre te quedas el último.

EL PADRE. ¡Primero la anécdota! Tu difunto tío, que en paz descansa, el día de mi confirmación –pero ésa es otra anécdota–, bueno, pues estábamos comiendo pescado, y de repente se atraganta, las malditas espinas, tened mucho cuidado, bueno, pues se atraganta y empieza a mover brazos y piernas como si remara.

LA MADRE. ¡Jakob, sírvete la cola!

EL PADRE. Como si remara, y a ponerse azul como una carpa, a todo esto tira un vaso, asustándonos muchísimo, le damos golpes en la espalda, lo sacudimos, y él, él vomita por toda la mesa. La comida no se podía ya comer –lo que nos alegró, luego comimos solos fuera, al fin y al cabo el homenajeado era yo–, bueno, por toda la mesa y cuando, por suerte, conseguimos sacarlo a flote, me dice, con voz profunda y feliz –tenía una bonita voz de bajo y cantaba en el orfeón, sobre eso sé también una anécdota estupenda–, bueno, dice:...

LA MADRE. ¿Qué tal el pescado? ¿Por qué no dice nadie nada?

EL PADRE. ¡Estupendo! Bueno, pues dice:...

LA MADRE. ¡Pero si no lo has probado!

EL PADRE. Sí, ya voy. Bueno, pues dice:...

LA MADRE. ¡Jakob, coge otro pedazo!

EL NOVIO. ¡Madre, que está hablando papá!

EL PADRE. Gracias. Así pues, el bacalao, ah sí, nos dice: Chicos, casi me atraganto. ¡Y la comida era totalmente incomible!

Risas.

EL NOVIO. ¡Muy bueno!

EL JOVEN. ¡Tiene una forma de contar!

LA HERMANA. Ya no quiero pescado.

EL NOVIO. Las ocas no comen pescado. Son vegetarianas.

LA SEÑORA. ¿No han arreglado la lámpara?

LA NOVIA. ¡Ina, no comas el pescado con cuchillo!

EL MARIDO. Las lámparas son de mal gusto. Ese farol hace muy bonito.

LA HERMANA. Es mucho más romántico.

LA SEÑORA. Sí, pero no es de buen tono.

EL AMIGO. ¡Es la luz ideal para el bacalao!

EL JOVEN, *a la hermana*: ¿Qué le parece? ¿Le gusta lo romántico?

LA HERMANA. Sí, mucho. Especialmente Heine. ¡Tenía un perfil tan encantador!

EL PADRE. Murió de tuberculosis de la médula espinal.

EL JOVEN. ¡Qué enfermedad más horrible!

EL PADRE. La tenía un hermano del tío del viejo Weber. Era horrible oírle hablar de ella. Luego, por la noche, resultaba imposible dormir. Por ejemplo, contaba que...

LA NOVIA. Papá, ¡eso es una inconveniencia!

EL PADRE. ¿El qué?

LA NOVIA. ¡La tuberculosis de la médula espinal!

LA MADRE. ¿Te gusta el bacalao, Jakob?

LA SEÑORA. Especialmente en nuestro caso. ¡Esta noche queremos dormir!

EL AMIGO, *al novio*: ¡Salud, amigo!

EL NOVIO. ¡Salud a todos!

Chocan los vasos.

LA HERMANA, *al joven, a media voz*: ¡En una ocasión así!

EL JOVEN. ¿Lo encuentra poco oportuno? *Siguen hablando en voz baja.*

LA SEÑORA. ¡Huele tan bien!

EL AMIGO. ¡Embriagador!

LA MADRE. El novio nos ha obsequiado con media botella de colonia.

EL JOVEN. Huele maravillosamente. *Habla con la joven.*

LA SEÑORA. ¿Es verdad que han hechos ustedes todos los muebles, incluso el armario?

LA NOVIA. Todos. Mi marido los proyectó, dibujó, compró la madera, todo, y luego los encoló, o sea todo, y tienen muy buen aspecto.

EL AMIGO. Tienen un aspecto estupendo. ¡No sé de dónde has sacado tiempo!

EL NOVIO. Por la noche, al mediodía, a veces al mediodía, pero casi siempre por la mañana.

LA NOVIA. Se levantaba todos los días a las cinco. ¡Y cómo trabajaba!

EL PADRE. Es que es un montón de trabajo. Yo les decía siempre que les regalaría los muebles. Pero él no quiso. Lo mismo pasó con Johannes Segmüller. Ése tenía...

LA NOVIA. Él quiso hacerlo todo. Luego os enseñaremos los otros muebles.

LA SEÑORA. ¡Con tal de que aguanten!

LA NOVIA. ¡Aguantarán más que usted y que todos nosotros! ¡Se sabe de qué material están hechos! ¡Hasta la cola la hizo él mismo!

EL NOVIO. ¡De la porquería que se compra en las tiendas no se puede uno fiar!

EL MARIDO. Es una idea estupenda. Así se encariña uno más con las cosas. Y las cuida más. Me hubiera gusta-

do *—a su mujer—* que tú hubieras hecho todas nuestras cosas.

LA SEÑORA. Sí, claro, yo, ¡tú no! ¡Cómo es!

EL MARIDO. ¡No quería decir eso! ¡Y lo sabes!

EL PADRE. La anécdota de Johannes Segmüller es muy divertida.

LA NOVIA. ¡La verdad es que nunca encuentro divertidas tus anécdotas!

LA HERMANA. ¡No seas bruta, María!

EL NOVIO. ¡A mí me parece que papá cuenta las cosas muy bien!

EL AMIGO. ¡Magníficamente! ¡Sobre todo, si consigues entender el chiste!

LA NOVIA. ¡Es que se alarga tanto!

EL NOVIO. ¡Qué bobada!

EL AMIGO. ¡Es conciso! ¡Sencillo! ¡Gráfico!

LA SEÑORA. ¡Y además, tenemos tiempo!

LA MADRE, *entrando*: Aquí llega el postre.

EL PADRE. Podría abreviar la anécdota mucho, sólo unas palabras, quizá seis o siete frases nada más...

EL AMIGO. ¡Bueno, eso huele fabulosamente!

LA MADRE. Es flan con nata batida.

EL AMIGO. ¡Yo casi no puedo más!

LA MADRE. ¡Coge un pedazo, Jakob! ¡Pero no te pongas demasiada nata! No hay mucha. Bueno, ¡a ver si os gusta!

LA HERMANA. La nata batida me chifla.

EL JOVEN. ¿Ah sí?

LA HERMANA. Sí. ¡Hay que llenarse bien la boca! ¡Entonces te parece que no tienes dientes!

EL NOVIO. Papá, ¿un poco más de nata?

EL PADRE. ¡Poco a poco! Johannes Segmüller solía decir, por ejemplo, que...

LA NOVIA. La nata está buenísima. Mamá, ¡tienes que darme la receta!

EL NOVIO. ¡Como tú, mamá, no podrá cocinar nunca!

LA MADRE. ¡Lleva también tres huevos!

LA NOVIA. Bueno, ¡echándole tantas cosas!

LA HERMANA. ¡Hay que echarlas! Si no, no sale bien.

LA SEÑORA. ¡Sobre todo los huevos!

EL AMIGO, *soltando una risita y atragantándose*: Huevos, jejeje, eso es, jejeje, son muy buenos.... Los huevos son muy buenos, excelentes; si no, jejeje, no sale bien, jejeje, excelentes... jejeje. *Como nadie se ríe, se detiene un poco abruptamente y come deprisa.*

EL NOVIO, *dándole golpecitos en la espalda*: ¿Qué te pasa, hombre?

LA HERMANA. Bueno, ¡los huevos son buenos!

EL AMIGO, *empezando otra vez*: ¡Muy buenos! ¡Excelentes! ¡No puedo hablar mal de los huevos!

EL PADRE. Sí, huevos. Tu madre, que en paz descanse, me dio una vez un huevo para el viaje. Le pregunto: ¿Está duro? ¡Como una piedra!, me dice ella. Bueno, me lo creo y lo meto en la bolsa. Todavía no había llegado a...

LA NOVIA. ¡Por favor, papá, la nata!

EL PADRE. ¡Toma! No había llegado a...

LA SEÑORA, *maliciosa*: ¿Las camas son también de fabricación propia?

EL NOVIO. Sí, de nogal.

LA NOVIA. Han quedado muy bien.

LA HERMANA. Un poco demasiado anchas para mi gusto.

LA SEÑORA. Eso es porque cuando uno mismo fabrica las cosas...

EL MARIDO. Pero si no las has visto...

EL PADRE. Yo tenía unas camas muy buenas para vosotros. Muebles de familia, verdaderas antigüedades. Y además macizas.

EL AMIGO. Sí, antes se sabía hacer las cosas.

EL JOVEN. Pero la gente era también distinta.

EL PADRE. Gente distinta, camas distintas, decía Fritz Forst, que era realmente original. Una vez, por ejemplo, entró en la iglesia cuando el pastor...

LA MADRE, *entrando*: Y ahora las pastitas. ¡Tienes que ayudarme con el vino, María!

EL NOVIO. ¡Así que ahora hay que bajarlo todo!

EL PADRE. Ah, sé una historia de inodoros. ¡Os la tengo que contar! Cuando empezaron a introducirse...

EL NOVIO. ¡Prueba antes este vino, papá! ¡Refresca la lengua!

Sirven vino.

EL AMIGO. ¡Sólo el color es ya fabuloso! ¡Y qué *bouquet*!

LA MADRE. ¿Qué estáis cuchicheando siempre, hijos?

LA HERMANA, *echándose hacia atrás*: ¡Nada! ¡Él me estaba diciendo que...

EL MARIDO, *al joven*: ¿Por qué lleva tres minutos dándome pataditas? ¡Ni que fuera un fuelle de órgano!

EL JOVEN. Perdón, pensé que...

EL MARIDO. Sí, pensó usted, lo que piense no importa. ¡Pero no lo haga con los pies!

LA MADRE. ¡Dame tu vaso, Jakob!

LA SEÑORA. ¿Por qué no bebes, en lugar de tratar de demostrar lo mucho que sabes? ¡Y además, normalmente sueles beber sin tino!

Silencio.

EL AMIGO. ¡Usted quería hablar de los muebles de su familia y lo hemos interrumpido!

EL PADRE. ¡Sí, de las camas! ¡Gracias, muchas gracias!
¡En ellas ha muerto más de un miembro de nuestra familia, Maria!

EL NOVIO. ¡Bueno, vamos a brindar por los vivos, papá!
¡Salud!

TODOS. ¡Salud!

EL MARIDO, *levantándose*: ¡Queridos amigos!

LA SEÑORA. ¡Mejor que echar un discurso sería que te echaras un candado en la boca!

El marido se sienta.

EL AMIGO. ¿Pero por qué no habla? ¡Sólo era una broma de su señora!

LA SEÑORA. ¡No sabe aguantar una broma!

EL MARIDO. Se me ha olvidado lo que iba a decir. *Bebe.*

El joven se pone en pie.

LA SEÑORA. ¡Pst!

LA MADRE. Jakob, ¡abróchate el chaleco, eso no está bien!

En ese momento empiezan a repicar fuera las campanas.

LA HERMANA. ¡Las campanas, señor Mildner! ¡Ahora tiene que hablar!

EL AMIGO. ¡Escuchen! ¡Qué bien suenan! ¡Francamente solemnes!

LA HERMANA, *al novio, que está comiendo*: ¡Pst!

LA NOVIA. ¡Déjalo que coma a gusto!

EL JOVEN, *estirándose mucho*: Dicen que cuando dos jóvenes se unen en matrimonio –la casta novia y el hombre curtido por las tormentas de la vida– ¡los ángeles cantan en el cielo! Cuando la joven novia –*dirigiéndose a la novia*– vuelva los ojos a los hermosos días de su niñez, tal vez la invada una suave nostalgia, porque ahora va a salir a la vida, a una vida hostil –*la novia solloza*–, aunque desde luego al lado de su experimentado marido, que ha fundado un hogar con sus propias manos –lo que en el presente caso debe entenderse literalmente–, para compartir las penas y las alegrías con la elegida de su corazón. Por ello, bebamos a la salud de estos dos jóvenes, que hoy, por primera vez, se pertenecerán el uno al otro –*la señora se ríe*– ¡por toda la eternidad! Y cantemos también en su honor la canción «Debe de ser algo maravilloso» de Liszt. *Empieza a cantar pero, como nadie lo sigue, se interrumpe enseguida.*

Silencio.

EL AMIGO, *a media voz*: No nos la sabemos. Pero el discurso ha estado muy bien.

LA HERMANA. ¡Incomparable! ¡Cómo habla! ¡Tal como un libro!

EL MARIDO. ¡Página 85, discursos para bodas! ¡Se la ha aprendido bien!

LA SEÑORA. ¿No te da vergüenza?

EL MARIDO. ¿A mí?

LA SEÑORA. ¡Sí, a tí!

EL AMIGO. El vino es extraordinario.

Las campanas dejan de tocar.

Todo el mundo descansa.

EL PADRE. Bueno, os quería hablar de la cama.

LA NOVIA. ¡Pero si ya nos lo sabemos!

EL PADRE. ¿Sabéis cómo murió el tío abuelo August?

LA NOVIA. Sí, sí.

EL NOVIO. ¿Cómo murió realmente el tío abuelo August?

EL PADRE. No, me habéis cortado la anécdota de los huevos, luego la de los inodoros, es buenísima, y la de Forst, por no hablar de la de Johannes Segmüller, que es verdaderamente un poco larga, aunque no más de diez minutos como mucho, tal vez más tarde pueda...
Así pues:...

LA MADRE. ¡Sirve más vino, Jakob!

EL PADRE. ¡El tío August murió de hidropesía!

EL MARIDO. ¡Salud!

EL PADRE. ¡Salud! Hidropesía. Primero fue sólo un pie, en realidad sólo los dedos, pero luego le llegó hasta la rodilla, fue más rápido que tener un niño, y luego se le puso todo negro. Tenía también la barriga hinchada, y aunque se la vaciaban de líquido afanosamente...

EL MARIDO. ¡Salud!

EL PADRE. ¡Salud, salud!... Sí, lo vaciaban, pero fue ya demasiado tarde. Y luego vino además lo del corazón, que aceleró las cosas. Así pues, estaba en la cama que yo os quería dar, gimiendo como un elefante, ¡y tenía también aspecto de elefante, me refiero a las piernas! Y entonces su hermana, vuestra abuela, le dijo en sus últimos momentos, era hacia el amanecer, la habitación estaba ya gris –por cierto, creo que hasta las cortinas siguen ahí–, así pues, le dijo: August, ¿quieres un cura? Él no dijo nada y miró al techo –llevaba haciéndolo siete semanas, no se podía poner de costado– y dijo: Es la pierna sobre todo. Luego volvió a gemir. Pero madre no se rindió, porque estimaba que se trataba de un alma, y dijo al cabo de su buena media hora: August, entonces, ¿quieres un cura? Pero el tío ni siquiera la oía y padre, que estaba allí, le dijo: Déjalo. Tiene dolores. Padre era muy blando. Sin embargo, ella no quería, aunque sólo fuera por su alma, y tozudas son todas las mujeres, de manera que empezó otra vez: August, es por tu alma inmortal. Entonces, según contaba luego padre, el tío miró desde la pared hacia la izquierda, para lo que tuvo que ponerse bizco, y dijo algo que no puedo repetir aquí. Un poco basto, como era el tío August en general. Realmente no puedo... En cualquier caso, la anécdota... Tengo que decirlo porque, si no, no se entiende. Dijo: Chúpame un..., bueno, ya sabéis. Después de decir eso, con cierto esfuerzo como cabe imaginar, se murió. Auténtico. La cama sigue ahí, y la tengo lista para vosotros en el desván, todavía podéis llevárosla. *Bebe.*

Silencio.

LA HERMANA. Se me ha pasado la sed.

EL AMIGO. Señorita, no hay que tomarse las cosas así.

¡Bueno, salud! Es sólo una historia muy bonita.

LA NOVIA, *al novio, en voz baja*: ¡Que no haya sido capaz de ahorrarnos todos esos disparates de mal gusto!

EL NOVIO. ¡Déjalo que se divierta!

EL JOVEN. ¡La iluminación la encuentro magnífica!

LA MADRE. ¡Jakob, no cortes con cuchillo las pastas!

EL PADRE. ¿No podríamos echar una ojeada a los muebles?

LA NOVIA. Claro que sí.

EL AMIGO. Lo importante es que las sillas son muy anchas. ¿Cabén dos?

LA SEÑORA. ¡Las patas son un poco delgadas!

EL JOVEN. Patas finas... ¡Buena casta!

LA SEÑORA. ¿De dónde ha sacado eso?

LA MADRE. Jakob, ¿no puedes comer las pastitas con los dedos?

LA SEÑORA, *poniéndose de pie y recorriendo la habitación*: Éste es el sofá. Suficientemente ancho, pero el tapizado es poco práctico. Bueno, teniendo en cuenta que está hecho por él mismo...

LA NOVIA, *poniéndose en pie*: El armario es bonito, ¿no? ¡Sobre todo las incrustaciones! No sé, hay gente que no tiene gusto para esas cosas. Pagan un dinero y se llevan un mueble, como si fuera... un mueble, sin alma ni nada, sólo para tener un mueble. Nosotros, en cambio, ¡tenemos nuestras propias cosas, y el sudor y el amor se pegan a ellas, porque son cosas hechas por uno mismo!

EL MARIDO. Mujer, ¡ven aquí y siéntate!

LA SEÑORA. ¿Qué pasa? ¡Me gustaría verlo por dentro!

EL MARIDO. ¡No se mira lo que hay dentro de los armarios de la gente!

LA SEÑORA. Sólo quería echar una ojeada. Pero tú siempre lo sabes todo. Bueno, pues no. Por fuera el armario no resulta tan impresionante, esas incrustaciones no se llevan ya, ahora se pone cristal y cortinillas de color, pero por dentro puede estar bien, y eso es lo que quería ver.

EL MARIDO. ¡Muy bien, ahora siéntate!

LA SEÑORA. ¿Pero en qué tono me hablas? ¡Otra vez has bebido demasiado! Toma un poco de agua, es que no aguantas.

EL NOVIO. Si quiere verlo por dentro, véalo, su interés me halaga. Aquí está la llave. ¡Abre, María!

LA NOVIA. Bueno, no sé... ¿Es ésta de veras la llave? No gira.

EL NOVIO. Dame, todavía tienes que aprender. Yo mismo le puse la cerradura. *Lo intenta.* ¡Maldita sea! ¡Vaya! ¡Mecagüen! *Furioso:* ¡Así reviente!

LA NOVIA. ¿Lo ves? ¡Tú tampoco puedes abrirlo!

EL NOVIO. Tal vez alguien la haya forzado. No lo entiendo.

LA SEÑORA. Quizá no haya gran cosa que ver dentro. Desde luego, cuesta mucho abrir la cerradura de ese armario. ¡No deja de ser un inconveniente!

EL MARIDO, *amenazante:* ¡Siéntate! ¡No quiero oírte más!

LA HERMANA. Ay no, ya que estamos de pie, ¿por qué no bailamos un poco?

EL JOVEN. ¡Eso! ¡Vamos a apartar la mesa!

EL NOVIO. ¡Eso de bailar es una buena idea! ¿Pero quién se encarga de la música?

EL AMIGO. Yo puedo tocar la guitarra. La tengo ahí, en el vestíbulo. *La trae.*

Todos se ponen de pie. El padre y el marido van hacia la izquierda y se sientan. Fuman. El novio y el joven levantan la mesa y la desplazan hacia la derecha.

EL JOVEN. ¡Déjela con cuidado!

EL NOVIO. No es preciso. ¡Tiene que aguantar también un trato duro! *La deja con fuerza. Se disloca una pata.*

¡Bueno, ahora a bailar!

EL JOVEN. ¡Mire, se ha roto una pata! ¡Si la hubieras dejado más suavemente!

LA NOVIA. ¿Qué se ha roto?

EL NOVIO. ¡No es nada, una tontería! ¡A bailar!

LA NOVIA. ¡Podrías tener más cuidado!

LA SEÑORA. ¡Hay que pensar siempre en los sudores que ha costado! ¡Pero quizá hubiera sido mejor utilizar una buena cola!

EL NOVIO. ¡Desde luego, usted no se muerde la lengua! ¿Me concede este baile?

LA SEÑORA. ¿No quiere bailar con su esposa el primer baile?

EL NOVIO. ¡Naturalmente! ¡Ven, María!

LA NOVIA. No. ¡Me gustaría bailar con el señor Hans!

LA HERMANA. ¿Y con quién bailo yo?

LA NOVIA, *al marido*: ¿Usted no baila?

EL MARIDO. No. Porque se burlará mi mujer.

LA HERMANA. Por favor, baile. ¡Si no, me quedaré sin pareja!

EL MARIDO. ¡Eso es una imposición, porque no quiero bailar!

Se pone en pie y le da el brazo.

EL AMIGO, *con la guitarra, sentado en el sofá*: Puedo tocar un vals. *Empieza.*

Bailan: el novio con la señora, la novia con el joven, y la hermana con el marido de la señora.

LA SEÑORA. ¡Más aprisa! ¡Más aprisa! ¡Es como un tiovivo!

Bailan bastante deprisa y luego acaban.

Ha sido estupendo. ¡No bailamos tan mal! *Se sienta con fuerza en el sofá. El sofá cruje. La señora y el amigo se ponen en pie de un salto.*

EL AMIGO. Ha crujido.

LA SEÑORA. Se habrá roto algo. ¡Y la culpa es mía!

EL NOVIO. ¡No importa! Ya lo arreglaré.

LA SEÑORA. Bueno, usted entiende sus muebles. Eso es lo principal.

LA NOVIA. ¿Es que le resultaba demasiado rápido, para dejarse caer así?

LA SEÑORA. Sí, ¡su marido baila con mucho ímpetu!

LA HERMANA. ¿No le ha gustado?

EL MARIDO. Hoy me ha gustado. Sí.

LA SEÑORA. ¡Tendrías que cuidar un poco más de tu pobre corazón!

EL MARIDO. ¿Te da miedo?

LA SEÑORA. Es más fuerte que yo.

EL NOVIO. ¿Y si nos sentamos otra vez?